

—Todo es una verdad muy sensible para mí, porque veo que ya no tiene remedio la última ruina de mi hermana y sobrina, pues sólo Dios, como se lo pido, puede hacerlas entrar en acuerdo y mantenerse honradamente y sin las congojas que consigo trae ese modo de vivir tan desarreglado.

El domingo inmediato estuve á las oraciones de la noche en casa de doña Eufrosina, en donde ya encontré una concurrencia que no esperaba, con una música regular y á las señoras de la casa con todos los atavíos del gran tono. Á poco comenzó el baile, que rompieron Pomposita y un oficial que estaba allí haciendo el primer papel, siendo acreedor también al primer puesto en los presidios de Islas Marianas por la notoriedad de sus depravadas costumbres, pues pertenecía á una pacotilla de *léperos* de casaquita y fraquesito, que llamaban *el manojito* y vivían á expensas de los tontos que los admitían en sus casas para sus diversiones, en las que por modo de broma y *á sí pega*, se embolsaban las cucharas y tenedores, cambiaban su repelo de sombrero con los buenos que llevaban los hombres decentes, dejaban sus otates y se llevaban buenas cañas y paraguas, y á ese modo hacían otras travesuras de ingenio, con que se habilitaban para sus necesidades de burdel, etc., etc. De esa partidita había en la diversión de las Langaruto unos cinco ó seis, que todos á su vez bailaban, cantaban y



A poco comenzó el baile, que rompieron Pomposita y un oficial que estaba allí

brincaban, comían y bebían sin tino y sin tasa, antes de la merienda, en la merienda y después de la merienda. Ésta fué muy buena, pues ni doña Eufrosina ni su hija querían heder á pobres, sino quedar bien en su fiesta, aunque el día siguiente fuera necesario empeñar algo para comer. Yo, aunque al principio me incomodé con todo aquel desbarato, convenciéndome de que no tenía remedio, me hice el ánimo de divertirme bailando mis contradanzas, que es lo que me agrada por lo que aprovecha el ejercicio.

Al concluir una de ellas fuí á sentarme y observé entre la concurrencia una señora de ochenta años, otra de sesenta y otra de cuarenta con una sobrina de veinte á veintidós. Cierta instinto hizo que me arrimase á esta última, la cual me dijo al oído:

—¿Qué le parece á usted de mi tía, que con su edad quiere tener cortejos y hacer la niña?

—No tiene razón, le dije, que eso en quien cae bien es en usted.

Poco después me puse junto á la tía, y me dijo ésta:

—¿No ve usted esa vieja, que cuando menos ha cumplido los sesenta, y ha gastado hoy más de una hora en el tocador?

—Pues pierde su tiempo, le respondí; menester sería que tuviera el mérito que usted para pensar así.

Arrímome á la desventurada sesentona doliéndome en el alma de su suerte, y me dice al oído:

—¿Hase visto cosa más risible? vea usted ese carcamán, con más de ochenta años, poniéndose cintitas encarnadas y haciendo la criaturita, y se sale con ello, porque se ha vuelto á la edad de los niños.

—¡Ay Dios mío! dije para mí; ¿no veremos nunca más extravagancias que las del prójimo? ¡Acaso es dicha que nos consolemos con las flaquezas ajenas!

Como estaba de buen humor, dije para mi sayo:

—Bastante hemos subido; bajemos ahora, y empecemos por la más vieja que está en el testero del estrado.
—Señora, se parece usted tanto á esta otra dama con quien acabo de hablar, que yo me había figurado que era su hermana, y creo que son ustedes de una misma edad con corta diferencia.

—Es cierto, caballero, me dijo, que cuando se muera una de las dos, mala se la mando á la otra, porque presumo que no hay dos días de diferencia entre ambas.

Oída esta decrépita, me llevo á la de sesenta, y le digo:

—Es menester, señora, que falle usted una apuesta que acabo de hacer, porque he apostado que usted y aquella señora (señalando la de los cuarenta años) tenían la misma edad.

—Á fe mía, me respondió, que creo que no hay medio año de diferencia.

¡Bien val! continuemos. Fui más abajo, y acercándome á la de los cuarenta:

—Hágame usted favor, señorita, de decirme si se chancea cuando llama sobrina á aquella otra señorita que está allí. Tan niña como ella es usted, y aun tiene ella en la cara un no sé qué aviejado que no hay en la de usted; luego esas mejillas de color de escarlata tan vivo, ese...

—Oiga usted, me respondió; de veras que soy su tía; pero su madre tenía veinticinco años largos más que yo, porque no éramos de la misma edad, y he oído decir á mi hermana que había nacido su hija el mismo año que yo.

—Bien lo decía, señora, y no sin razón extrañaba tanto el parentesco.

Esta ocurrencia me hizo entender que las mujeres que se ven morir poco á poco, perdiendo su hermosura, querrian retroceder hacia su juventud. ¡Ah! ¿pues cómo no han de anhelar por engañar á los otros, cuando se afanan por engañarse á sí propias y zafarse de la más triste de todas las ideas, que es para ellas la de afearse y envejar?

En estas reflexiones estaba yo distraído, cuando me llamaron la atención infinidad de palmoteos que daban *los del manojito*, gritando desde la puerta que entraba á la pieza donde habíamos merendado:

—Señores y señoritas, aquí hay otra diversión para

los aficionados: Morales ha puesto el montesito con cincuenta pesos.

En el momento se metieron á dicha pieza y los siguieron algunos concurrentes picados de la araña, y á poco doña Eufrosina fué también diciendo que iba á ver si sacaba los costos de la diversión.

Lo que debía temerse de que jugara una señora que no entendía mucho de eso, y que iba á ponerse con los maestros de Briján¹ como tahures y fulleros de profesión, me hizo seguirla y aconsejarla no hiciera tal disparate; mas nada fué bastante á contenerla, y fué el resultado que, aturdida con las primeras pérdidas, se cegó, y poniendo paradas de consideración, antes de hora y media no le quedó ni medio ni más recurso para pagar á los músicos, que empeñar al día siguiente alguna ropa, porque hasta las alhajitas habían ganado ó robado ya los pícaros del manojito, que todos hacían pala á su compañero el montero, cometiendo cuantas faltas y groserías les eran peculiares, negando á doña Eufrosina algunos pedidos que hacía para seguir jugando, y contestándole que sólo prestaban sobre Pomposita.

Esto desazonó enteramente á madre é hija, y los concurrentes, que lo advertían, se fueron saliendo, así como los señores del manojito, que á más de su mala

¹ Así suele llamarse el juego, aunque equivocándose el nombre de *Bilhán*, que parece haber sido el inventor de los naipes, ó su primer fabricante.—E.

ganancia se llevaban ya algunas servilletas y pañuelos en la bolsa, según lo tenían de costumbre; y yo, que ví en mi reloj las once largas, afligido porque me había distraído tanto y porque se habría incomodado justamente mi tutor, me despedí y fuí con violencia á casa, donde sólo me aguardaba el portero para abrir el zahuán, que cerrado á mi satisfacción, me fuí á acostar, y dormí hasta las nueve del siguiente día, por no estar acostumbrado á desvelarme.

